

consumiendo vacaciones

bienes perecederos. Pese a su espiritual razón de ser, El Escorial es piedra sobre piedra.

El turista dominical, sustancialmente ajeno a las ambiciones imperialistas de la Casa de Austria, prefiere chapotear en un arroyuelo, tumbarse a la sombra de un pino y beber vino con gaseosa fresca; asumir, en definitiva, su propia circunstancia histórica, no la de Felipe II.

El «apartheid» socio-económico no es, naturalmente, exclusivo de El Escorial; se da también en Guadalajara, en Madrid y en Nueva York. Pero se advierte con más nitidez en esas pequeñas localidades que, en algunas épocas del año, albergan conjuntamente a una comunidad que labora y a otra que vive ociosa. El verdadero divorcio se produce dentro de la comunidad ociosa y en función de los medios empleados para rellenar dicho ocio. Dime cómo te diviertes y te diré quién eres.

En El Escorial, durante el invierno, existe asimismo una cierta segregación racial entre los vecinos del pueblo (o la inmensa mayoría de ellos) y la pequeña colonia estudiantil. La Real Universidad de María Cristina, ubicada en el flanco Sur de las Casas de Oficios, frente a la fachada principal del monasterio y comunicada con éste a través de la galería de Convalecientes, fue fundada en 1893 por la reina regente y puesta bajo la tutela docente y espiritual de la comunidad agustina. Por sus aulas —que fueron caballerizas en tiempos de Felipe II— ha desfilado una ilustre serie de apellidos hispánicos: Argüelles, Yanguas, Martínez de Irujo, Pidal, Aunós, Tovar, Gascón y Marín, Bohórquez, Comín, Roca de Togores, Alcocer, Luca de Tena, Kirkpatrick, Aznar, Coello de Portugal, Zuazo, Ridruejo... También hubo, es cierto, una «oveja negra»: Manuel Azaña, cuyo nombre suele ser pudorosamente silenciado en toda alusión retrospectiva (aunque su obra «El jardín de los frailes» debería ser muy tenida en cuenta al hacer un inventario de la «literatura escorialense»). En general, los alumnos de la Real Universidad han sido representantes de un sector social eminentemente clasista.

Pero es en verano, repito, cuando se produce el verdadero «apartheid». El veraneante pobre (y su primo hermano: el turista pobre) callejea, escala el monte Abantos, da un paseo hasta la silla de Felipe II, se aposenta en las terrazas de Floridablanca, se baña en una piscina comunal o en la presa del Batán, ballotes en el parque municipal (también existe un «bolte», más o menos sicodélica, bautizada con el tibetano nombre de El ojo izquierdo), va a ver películas de reestreno en el cine Lope de Vega y sufre restricciones nocturnas de agua.

El veraneante rico suele ser socio del Golf Club. Para ser socio del Golf Club hay que pagar una respetable cuota de entrada (no poseo datos concretos, pero me han asegurado que oscila alrededor de las cincuenta mil pesetas). Sin embargo, tal sacrificio pecuniario debe de tener su justificación: el Golf Club está situado en el corazón del parque de la Herrería, posee un hermoso césped verde (lo cual no deja de ser milagroso, si se tienen en cuenta las ya aludidas restricciones de agua), cuenta con un acogedor albergue, en el que uno puede tomarse un Chivas Regal después de «hacer agujeros», etcétera... Las paredes del bar están decoradas con unos exquisitos murales de tonos grises, en los que aparecen cortesanos de la época de Felipe II practicando el aristocrático deporte que da su nombre al Club; son muy escasos mis conocimientos de la historia de los deportes (sólo sé que en la Francia medieval se jugaba al «criquet», que los jóvenes cretenses saltaban por encima de toros bravos y que Felipe el Hermoso murió después de un partido de pelota), pero sospecho que la austera corte de Felipe II desconocía aún la práctica del luterano golf. No obstante, el anacronismo histórico-deportivo es, a mi entender, una especie de legitimación procesal para explicar razonablemente la existencia de un Golf Club a los pies de la rocosa silla del rey Felipe II.

También los veraneantes ricos se dedican a la equitación, deporte mucho más adecuado a la mentalidad del Imperio español. La escuela de equitación estaba instalada antaño en el parque de la Herrería; ahora, invadida por el golf, se ha trasladado al camino del cementerio. Su propietario, Avelino, es un hombre enjuto, moreno, de carácter llano y afable; es, además, un magnífico jinete. Lo conozco hace muchos años, y fui en su busca desde la entrada de la Herrería hasta el polvoriento camino del cementerio; charlamos unos instantes, pues él debía comenzar una clase. Le pregunté acerca del traslado; me respondió con una sonrisa: «Esto está mucho peor situado, claro; los alumnos ya están cansados antes de subir al caballo...».

No quiero pecar de extremista: en El Escorial vive también la llamada «clase media». Un gran número de madrileños se desplaza todos los fines de semana a El Escorial; son gentes que han comprado o alquilado un piso o un chalet; no son socios del Golf Club, pero tampoco son usuarios del tren de cercanías. El camino de Guadarrama está saturado de inmuebles ocupados por estos escorialenses adoptivos. ■ S. R. S.

